

May vasto es el campo de esta hermosa ciencia; sus encantos son irresistibles no sólo para el sabio sino para todo aquel que ve en los grandes fenómenos de la Naturaleza la mano del Creador.

¡Qué cosa mas plácidamente hermosa que la salida del Sol en una mañana tibia de verano, cuando los campos están cubiertos de rocío; cuando entre las frondas de verde esmeralda los pajarillos cantan saludando á los primeros rayos del Sol naciente, que bañan la atmósfera con sus destellos de oro y bordan de grana las agrupaciones multicolores de cirro-stratus y cirro-cúmulus! ¡Quién no ha gozado con el hermoso espectáculo del arco-iris, del halo, de las coronas! ¡quién no admira la obra de Dios en la caída regular de las lluvias que vienen á fecundar las tierras de labor!

Apenas he dado una idea ligerísima de la importancia tan grande que presenta la observación de los elementos meteorológicos.

Dedicaos á estudios tan hermosos; fraternisad con las bellezas que nos ofrece la tierra; leed, estudiad en el gran libro de la Naturaleza.

México, 8 de Junio de 1895.

MARÍA LUISA CRESPO.

ALGUNAS LEYES FUNDAMENTALES DEL ESPIRITU.

SEÑORITA DIRECTORA:

SEÑORES:

CON justicia ha sido llamado el hombre rey de la creación; fija su mirada en el lejano porvenir, camina siempre tras algo que hace irradiar su inteligencia creadora, y llevando su actividad á todas partes se hace dueño de la naturaleza por medio de invenciones gigantescas. Logró encerrar en las cinco líneas de una pauta el dulce y misterioso lenguaje de los ruidos; el implacable rayo que nos asusta con sus terribles efectos, hoy se encuentra encadenado á sus pies y al rasgar la oscura bóveda del firmamento, tuerce su camino para venir sumiso á estrellarse en la brillante punta del pararrayo, y la electricidad antes desconocida, se ha convertido en un manantial inagotable de progreso.

¿Pero podrían los laureles adquiridos hacer que el hombre olvidara la lucha en que vive? Nunca; anhelando constantemente encontrar el por qué de cuanto existe, estudia sin cesar y llega á descubrir hasta las leyes que rigen á nuestro espíritu, ese maravilloso conjunto de fenómenos por el que nos podemos elevar hasta la vaporosa nube donde se mece la imagen sonrosada de los ensueños, hasta el mundo de nuestras ilusiones.

Varias son las leyes fundamentales de nuestro espíritu, pero unas de las más notables son las que se conocen con el nombre de leyes de asociación y pueden formularse así: 1ª todo estado de conciencia tiende á producir en el espíritu la impresión de estados análogos anteriores. 2ª cuando dos estados de conciencia se han producido muchas veces simultáneamente ó en sucesión inmediata, cada uno de ellos en lo sucesivo, tiende á provocar al otro, y 3ª cuando se ha experimentado una emoción á la vez que otros estados de conciencia, aun cuando no tengan relación con ella, quedan asociados y se suscitan simultáneamente en el espíritu.

Infinidad de veces habréis notado que cuando platicamos de algún hecho, por vulgar que sea, la conversación se sigue durante algún tiempo sobre hechos análogos al que nos referimos. Por ejemplo: se nos ocurre hablar de algunos de nuestros viajes, pues los que nos escuchan, recuerdan y nos refieren los suyos, y durante cierto tiempo no se habla de otra cosa, pudiendo así recorrer en alas de la imaginación desde nuestros hermosos bosques hasta las tristes y poéticas soledades de nieve de los Alpes. Aquí, como se ve, se verifica una asociación de ideas por similitud, esto es, entre hechos semejantes; pero como nos indica la segunda ley antes enunciada, sucede á veces que por sólo la repetición, dos hechos enteramente distintos se asocian. Así, cuando pensamos en un rey, inmediatamente nos lo figuramos con su cetro, su corona y su manto real, porque generalmente los retratan de esta manera; cuando recordamos á Hidalgo no podemos menos que recordar su significativa banda y su simbólico estandarte, etc.; por último, la tercera ley se ocupa de las asociaciones por emoción.

¿Quién no ha estado alguna vez en un día de campo? Pues bien; si después de uno de esos bailes, así, á la sombra de los árboles, en que al perfume de las flores se mezclan los dulcesacentos de la música, y las parejas se deslizan cual flores mecidas por el aura; si después, repito, oímos tocar alguna de las

piezas que bailamos, inmediatamente se nos presenta á la imaginación aquel lugar con todos los encantos, con todos los atractivos con que lo vimos en esa vez. Esta ley nos explica cómo cuando un pobre desterrado tuvo ocusión de ver un rebozo, prenda típica de su inolvidable patria, se arrojó sobre él cubriéndolo de lágrimas y besos y haciéndose la ilusión de tener entre sus brazos á nuestra bella é idolatrada Tenoxtitlán. Y nos explica también cómo un ramo de flores ya secas, sin perfume, pueden al presentársenos á la vista, llenar nuestro corazón de un mundo de recuerdos.

Dijimos antes que las leyes de asociación son importantísimas, y en efecto, pues además de tener un gran valor teórico, en la práctica son inestimables. De ellas se servirá siempre el hombre para lograr sus fines; el espíritu guerrero despertará al fragor del simulacro, y las fiestas nacionales harán que, llenos de entusiasmo y gratitud, recordemos á los héroes que murieron por ceñir á la frente de la Patria el brillante laurel de la victoria!

Ahora, las leyes de asociación unidas á las de la similitud, nos conducen al origen de una propiedad de nuestro espíritu, que los psicólogos llaman "tendencia generalizadora del espíritu" y que consiste en la propensión que tenemos para afirmar más de lo que se puede demostrar y para creer más de lo que debemos admitir. Así, el haber oído cantar á una ó dos mujeres de hermosa voz, bastó para que alguien dijera que Dios había dado voz á la mujer para que se entendiera con los pájaros; y en virtud de esta misma ley un desengaño nos es suficiente para negar la existencia de la verdadera amistad, ese lazo tierno y encantador que une dos almas entre las que no hay secretos, porque los goces ó las lágrimas de una, son motivos de alegría ó pesar para la otra, y entre las que no puede haber nunca traición.

Esta propensión á generalizar que tiene nuestro espíritu, nos induce á creer que todos tienen nuestros sentimientos y á no dudar nada de lo que nos dicen, pudiendo conducirnos por lo

tanto á infinidad de errores. Esto me recuerda á un rico mercader de Lyon, que víctima de su credulidad, se hizo decir su horóscopo, sabiendo así que su vida sería corta. Gastó en un momento su inmensa fortuna; pero habiendo vivido más de lo que el astrólogo le había predicho, se encontró pobre y sin amigos, pues éstos se habían ido al mismo tiempo que sus riquezas, viéndose precisado á pedir limosna. Y cuando cubierto de harapos y muerto de hambre recorría las calles, decía con la más profunda tristeza al tender la mano á los transeuntes: "Hermanos, socorred á un hombre que vive más tiempo de lo que pensaba."

Anteriormente dije que las leyes de asociación nos explicaban bien nuestra tendencia generalizadora, y en efecto, presenciemos hechos seguidos ó acompañados de otros de diferente naturaleza, pues en lo sucesivo, cuando recordamos algún hecho, pensamos por asociación en los que le acompañaron ó siguieron en otra vez y prevemos que se realizarán.

Como hemos visto, nuestra propensión á generalizar puede causar errores, pero en cambio tiene un valor lógico inestimable. A ella debe nuestra inteligencia su maravillosa y continua actividad. Generalizaciones desmesuradas son las admirables creaciones del poeta, ese ser privilegiado y soñador que cree encontrar seres sobrenaturales, sonidos misteriosos ó palabras ininteligibles entre las rojas ascuas, en el fondo de los bosques y en el monótono rumor del agua que en vano intenta traducir. Ese ser cuyo pensamiento, animado por fuerza irresistible y desconocida, tiende sus transparentes alas para elevarse á regiones bellísimas y sólo conocidas por los genios. Además sin la tendencia generalizadora no existirían las ciencias inductivas, y por último, ella es la que impulsándonos á cada paso nos proporciona innumerables discusiones y nos obliga á descubrir y á explorar nuevos y luminosos horizontes. Por eso vemos que aun en las altas horas de la noche, mientras todo en la naturaleza duerme, hay hombres que contemplan y preguntan á los soñolientos astros el por qué de su eterno movi-

miento, ó que hacen descorrer ante sus ojos el espeso velo que oculta lo pasado.

Pero con razón dicen que la felicidad del hombre consiste en adquirir y no en poseer; rica ya su inteligencia con infinidad de conocimientos, lucha aún con ardor y consume los años de su vida en estudiar el perfecto mecanismo de nuestra alma.

¡El corazón humano! ¿Quién logrará descubrir todos sus arcanos? Flota en nuestra imaginación como impalpable gasa de oro el recuerdo de nuestras aspiraciones de ayer; hoy tan pronto deseamos una cosa como la desdeñamos; el deseo de mañana es ignorado. El mundo es siempre el mismo; pero nuestro espíritu nos lo presenta en la juventud risueño y agradable como la alborada de un día del mes de Mayo; en la vejez triste y pesado como lo es el invierno allá en los polos. Yo he admirado cómo el agua inquieta y murmuradora sigue con docilidad el camino que le indica el cauce é ir como quien sabe lo que hace, á filtrarse por entre las rocas para caer con la mayor coquetería en el lago, semejando cristalinas, ricas y argentadas notas. He visto al aire, que libre siempre anda acariciando arroyos y besando flores, entrar sumiso por los tubos del órgano para salir después convertido en dulces armonías que encierran un poema comprendido sólo por nuestra alma. ¿Mas llegará el día en que podamos guiar á nuestro espíritu cual á una nave con el timón? Quién sabe: pero estoy segura que si llega á lucir la aurora de ese día, el hombre que logre semejante adquisición será el más feliz del Universo.

México, 8 de Junio de 1895.

MARÍA M. ROSALES.